

Palabra, violencia, segregación y otros impromptus psicoanalíticos

ÁLVARO DANIEL REYES GÓMEZ*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Harari, Roberto. *Palabra, violencia, segregación y otros impromptus psicoanalíticos*. Buenos Aires: Catálogos, 2007. 395 páginas.

Parcas serán las sorpresas en cuanto a enfoque y contenido que podrán encontrar en este libro postrero los muy cercanos seguidores del analista argentino. Sin embargo, al adentrarse en su pluma, ellos y la mayoría de lectores podrán avivar algo de “esa tristeza tan extraña y dulce que está en el fondo de todos los libros como una luz de sombra”, como bien escribe Michel Crépu. De ocurrir eso, será congruente con la rúbrica y la tónica de la producción de Roberto Harari, con ese tratar de no estacarse deambulando por lugares ya trazados sino de visitar aquello “cuasi-virginal”. Y para perfilar otras sendas considera menester cruzar el campo psicoanalítico con disciplinas afines como la música, la poesía, la teoría físico-matemática del caos, sin dejar de lado los hechos de actualidad. El libro que comentamos se forja con fragmentos publicados en otros lugares, dirigidos —sobre todo— a quienes nos afectan inquietudes de este tenor: la de inventar el psicoanálisis, lo que corre por cuenta de cada analista, salvadas las distancias con respecto a los grandes maestros (Freud y Lacan) y advertidos de la “vigilancia epistemológica” (Bachelard). Avisado Harari del terreno donde labora, convida desde el prólogo a considerar si lo presentado corresponde

* e-mail: adreyesg@unal.edu.co

© Ilustración: Lorenzo Jaramillo

al campo psicoanalítico. Nuestra impresión es favorable, empero, todo libro, todo análisis aguarda “[...] como una luz de sombra”.

El libro en mención se compone de veinte textos distribuidos en cinco partes y un apéndice con una entrevista; a esta variedad propone considerarla, en lugar de ensayo, comentario o crítica más bien como “impromptus”, “nuevo género psicoanalítico” cuya idea toma Harari tanto del escritor del segundo cuento más corto de la literatura, como del ámbito musical y de dos referencias lacanianas donde el analista hacedor del objeto *a* enfatiza en el repentismo, en lo atonal disonante y en la combinatoria de géneros. Todo esto cercano al Witz freudiano y, por ende, a la creación. Es discutible la pertinencia de los géneros a los que acude, como este del impromptu del cual las artes, incluida la literatura, parecen desentenderse cada vez más; en cambio, suena consecuente su propuesta de invención como propia del accionar psicoanalítico.

Ahora bien, sin que sea cuestión de perspicaz agudeza, sino solo una escueta nota de viaje, convidamos a quienes apenas se adentran en elaboraciones de Roberto Harari —como las del “Realenguaje”, la teoría del caos en su relación con el carácter “turbulento” de la pulsión— y, en general, a quienes les interese conocer más sobre su decidida posición, a comenzar por el apéndice, es decir, por el final, donde está la entrevista, antes de dedicarse a los otros apartados. El autor

propone allí, con valioso matiz político, agregar a la formación de los analistas la cuestión de la asociación, señalando, con el dedo en la llaga, la escisión incesante en nuestro campo, sostenida en la imaginaria creencia del cada uno siguiendo su deseo, como si fuera propio, creencia que, como todas, conduce al narcisismo de la verdad con la consiguiente separación de los otros.

¿Cómo no estar de acuerdo con que su propuesta es un modo de articulación de la castración? La tolerancia, otro nombre del encuentro con los demás, es una manera de dar pasos e introducir avances, también en psicoanálisis. Aún lectores de Freud, podemos tomar “luces de sombra” de su “Psicología de las masas...” para ubicar desde allí que iglesia y ejército toman forma con nombre propio en las muy actuales escisiones psicoanalíticas. Aún descifradores de las letras lacanianas, sabemos del matiz paranoico que comanda nuestras relaciones y, si hija de la castración es la tolerancia, en la formación de analistas ha de ser soportable el hostil desasosiego que trae el encuentro con otros y cuya estructura se formularía así: “¿Y este con qué me va a venir?”. Así las cosas, al decir de Harari, el “más-Uno” sería la institución en el trípode de la formación.

De las cinco partes restantes, en la primera es posible ubicar las mayores conexiones en el discurrir en torno a temas más afines entre sí. Allí se despliegan ideas como las del “Realenguaje” junto a la proposición de un psicoanálisis “post-joyceano”, a más de indicar que, contrario a lo señalado por el Lacan del seminario 23, lo Real sí tendría un orden: aquel correspondiente con las “caóticas leyes del desorden”. Detenernos allí o en otros apartados, aun siendo sugerente, importante y pertinente, no es el propósito de esta reseña en la que nos dedicaremos con mayor detalle a los asuntos que tienen que ver con la temática de este número de la revista *Desde el Jardín de Freud*. Acudimos entonces al apartado tercero, donde hallamos varios textos referidos al sacrificio, a la memoria de víctimas, al síntoma cuyo sentido estaría atado al porvenir de lo Real y, ante todo, nos detendremos en uno

de estos “impromptus”, por cuanto da no solo el título al libro, “palabra, violencia, segregación”, sino figuración a la portada.

En efecto, el diseño de la tapa es una fotografía tomada desde un aparato cuyo accionar —acaso esté— en la perspectiva del propio Harari. En todo caso, el analista argentino pone su ojo retratando un pedazo de Berlín por donde pasaba el divisor muro haciendo de Alemania dos. Es una parte de la plaza en donde ejercían tanto el cuartel publicitario nazi como el búnker del Führer. Allí, en ese hábitat citadino se inaugura en el 2005 el “Memorial del Holocausto”, realización gigante cuya confección no cesa de ser querellante tanto por su concepción como por su conservación. Simplemente para ilustrar un poco, hay quienes consideran la obra del célebre arquitecto Eisenman inspirada en el caos, mientras que otros hallan afortunada la idea de representar, con cada bloque, una página del Talmud indicando con ello la preservación de lo múltiple sobre lo totalitario. Subsiste la polémica en cuanto a las consecuencias —nefastas para muchos— de la fabricación de los materiales creados con técnicas científicas para proteger, recubriendo cada una de esas páginas, de rayones, de manchas, de vándalos (¿del Otro y los otros?). El caso es que el proceso estuvo cargado de explotación, conflicto y violencia, inevitables —al parecer— en cualquier empresa humana. Igualmente, no dejan de alzarse las voces de quienes consideran memoriales como este un privilegio de judíos en detrimento de homosexuales, gitanos, testigos de Jehová, discapacitados... quienes, habiendo sido también perseguidos, serían ahora los excluidos como efecto de circunscribir la cuestión nazi al pueblo judío. Justamente estos son los grandes asuntos a tratar en el pequeño apartado del libro en mención.

Precisamente, el analista del Río de la Plata aborda una temática sobredeterminada por la dualidad pulsional freudiana, y que recoge la vaticinadora referencia lacaniana según la cual los campos de concentración, con su exterminio y lógica, no se ciñen exclusivamente al momento histórico de la Alemania nazi, sino que se alojan entre nosotros, en

nuestras cotidianidades. Claro está que Harari no deja de interrogarse frente a lo singular e inédito de la empresa comandada por el Führer. Para adelantar esta temática acude a dos consideraciones lacanianas, la “Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela” y a ciertos recortes del estadio del espejo; como indicio metódico para desbrozar otras sendas realiza traducciones del francés de cuño propio, lo cual resulta ser una constante en su manera de considerar todas las referencias del analista francés cuyas letras —como se sabe— son otro punto nodal de escisiones psicoanalíticas. Pero no perdamos el rumbo. Apoyándose en la idea de que en la “Proposición...”, Lacan hace un guiño a Heidegger al distinguir ‘facticidad’ de ‘factualidad’, ve en esa distinción una cuestión decisiva pues, de lo que se trata, en palabras de Lacan, es de no creer “[...] que los campos mientan únicamente aquello que aparece en el orden de la factualidad, donde han hecho su “erupción”, pues nos resta dilucidar nada menos que su facticidad”¹.

En aras de avanzar en dicha dilucidación, Harari acude a las cuestiones del padre y de la ciencia moderna para buscar coyunturas que iluminen la facticidad de los campos de concentración presentes en la cotidianidad de estos tiempos. Y lo hace vía *père-version* registrando el aserto según el cual “la ciencia, paradójicamente, es una perversión religiosa”². En la misma senda, acude a nociones freudianas sobre el fetiche y el fetichismo con la pretensión de hacer articulaciones entre psicoanálisis en intensidad y en extensión. Se adentra pues en terrenos frente a los cuales nos debatimos. Empero, sostiene la idea de “fetiches sociales”, con la que busca cercar y acercarse a dar cuenta de medidas, cada vez más sordas por su frecuencia contemporánea: medidas estatales dispuestas al modo del fetiche, para acallar gritos que enuncian peligros. Dichas medidas son los estados de

excepción, de sitio, la suma de poderes públicos, las facultades extraordinarias encarnadas en “proto-padres fetichizados”. Harari articula estas elaboraciones con la noción de “bandos”, cuya referencia retoma de J. L. Nancy, G. Agamben y otros pensadores. Estos bandos caracterizan al campo alemán, son las “normas inductoras y argumentadas por el Führer”³, sobre ellas no se duda ni se hace oposición, pues llevan algo del orden de lo verdadero e iluminador beatífico. El bando, según nos muestra con detalle el texto que comentamos, es un mandato de soberano, un edicto, y no una ley simbólica. En todo caso, los desarrollos hechos en torno de estos asuntos logran entretejer lo acontecido en los campos de concentración nazi con situaciones contemporáneas.

En efecto, desde aquí aporta ilustraciones de sucesos paradigmáticos como las desapariciones perpetradas por las dictaduras argentinas, pero el autor no se queda en señalar —como es lo usual— a los militares, sino que acude en su explicación a nociones de raigambre psicoanalítica, al sostén del aparataje en “los vecinos” y, para ello, nuevamente con método analítico, toma apoyatura en la palabra: en las palabras de esos vecinos que denuncian, en situaciones tan cercanas a las que hemos vivido los colombianos y, seguramente, en otros lugares. Es esa la lógica denominada de “crueldad cómplice” frente al “subversivo”, aquel in-mundo vecino que con su presencia cuestiona nuestro ser.

Ahora bien, apoyado en la idea de Agamben según la cual “El campo de concentración y no la ciudad es el nuevo paradigma biopolítico de occidente”⁴, Harari considera preciso revisar la palabra *campo*, pues ya no da cuenta de la segregación organizada desde los edictos, las medidas y los poderes extraordinarios dispuestos sobre la lógica indudable y sin oposición del bando. Ahora se ubica a los “band-idos”, a los band-oleros” en la casa, en la fábrica, en el motel, y se

1. Roberto Harari, *Palabra, violencia, segregación y otros impromptus psicoanalíticos* (Buenos Aires: Catálogos, 2007), 192.

2. *Ibíd.*, 196.

3. *Ibíd.*, 202.

4. Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Valencia: Pre-Textos, 1998), 230.

justifica el tratamiento orientado a aislarlos, desaparecerlos... de modo tal que “en el seno de la cotidianidad se imbricó lo Real de la muerte, constituyendo así otra variancia definitoria de lo siniestro, de la inquietante familiaridad”⁵. Esto se ilustra de manera fehaciente en las dictaduras militares de las últimas épocas en la Argentina, cuya facticidad no se reduce al país austral, sino está presente, si bien manera distinta, en otros lugares y circunstancias. Por ejemplo, en algunos aeropuertos se detiene a extranjeros, considerados sospechosos, sin que les sea reconocido el derecho de la *civitas*, en lo cual toma cuerpo otra facticidad entre las que estamos comentando. Otro tanto ocurre en los suburbios, esos lugares marginales de asentamiento urbano, denominados villa-miserias, favelas, comunas, *banlieues*, en donde los lazos sociales con sus “regulaciones” propias están, aún en un entorno citadino, fuera de ley, como fue el caso de los sucesos del 2005 en la Francia precursora de la Igualdad, la Fraternidad y la Libertad.

De todo esto se ocupa el analista del Cono Sur, quien nos va mostrando cómo la quema a granel de automóviles en las comunas no responde solo al valor fálico de estas máquinas, pues no hay que olvidar que el hecho tiene lugar en el seno de una “concentración” de la población cuya función es el control... Una situación más es objeto del análisis de Harari, esta vez no solo más pormenorizada sino, incluso, “políticamente menos correcta”: se trata de las acciones del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el territorio de Chiapas... que han conducido, según el análisis in situ del psicoanalista, a una despolitización y a “[...] otra cara —oculta, claro— de la segregación”⁶. En la sustentación y el despliegue de estas ideas Harari se apoya en diversos materiales y fuentes que le permiten examinar la segregación no como algo de por sí repudiable, en cambio, con respecto a ese movimiento centroamericano, más bien se pregunta

por sus efectos en relación con la violencia, la convivencia y la manera de asumir los conflictos.

Poco procedente sería indicar en esta reseña más detalles acerca de la manera como se teje o textualiza el objeto del trabajo de Harari; preciso es dejar lugar al lector para adentrarse en los sesgos y aperturas que, sin dudarlo, dejan las proposiciones del analista argentino frente a los temas que nos ocupan. Tampoco queremos dejar de indicar nuestra preferencia con respecto a uno de los llamados “*impromptus*”, estos que, de acuerdo con las referencias señaladas en el libro, serían una especie de mezcla entre confesión, biografía, ensayo, apunte, cuento... y otras cosas más. En nuestra lectura es el *impromptus* “¡Perdón!” el texto que mejor aúna dicho carácter tocando una cuestión política en sí misma, tan vieja como actual: la del fundamento sexual del inconsciente. En el despliegue de esta cuestión el analista se acerca de modo singular a asuntos diversos que van desde el síntoma en su anudamiento con el sexo, hasta los conflictos que hoy irrumpen acaso al modo de esos encuentros con alguien íntimo y al mismo tiempo extraño, y que provocan inocultables manifestaciones, cuando no franca angustia, insalvable compañera de ciertos despertares.



5. Harari, *Palabra, violencia, segregación y otros impromptus psicoanalíticos*, 212.

6. *Ibíd.*, 218.